

1er.Premio

Seudónimo: Luna de Lorca

Literal

Elisabeth Carina Basilio

"Ni él pudo colocarse
en mi piel ni yo en la de él..."

De pequeño -y luego en la adolescencia- solía tener actitudes muy poco humanas, por ello se ganaba el respeto de los compañeros más funestos del salón. De rostro, rasgos y gestos cual mensajero del dios de cuando le convenía), higiénico hasta el apellido, ropas impecables (no a tono con su conciencia), útiles en sincronizado perfecto orden, excelente en el estudio de lo que se vanagloriaba al recibir sus notas, esas mismas que iban a impactar de lleno en los rostros de aquellos, que con suerte arañábamos un modesto 6. Sabía cómo, cuándo y dónde mortificarnos fuera del alcance de los mayores y salir siempre airoso y libre de carga. El más astuto, inteligente y ruin de la clase, se ganaba las miradas de los docentes, las loas de los directivos y nuestro odio mancomunado, el del proletariado estudiantil.

No sabíamos mucho de su vida, tampoco nos preocupábamos demasiado por saber, ni él indagaba en las nuestras. Se decía que su madre era un ser especial, que con suerte arañábamos un modesto 6. Sabía cómo, cuándo y dónde mortificarnos fuera del alcance de los mayores y salir siempre airoso y libre de carga. El más astuto, inteligente y ruin de la clase, se ganaba las miradas de los docentes, las loas de los directivos y nuestro odio mancomunado, el del proletariado estudiantil.

No sabíamos mucho de su vida, tampoco nos preocupábamos demasiado por saber, ni él indagaba en las nuestras. Se decía que su madre era un ser especial, que con suerte arañábamos un modesto 6. Sabía cómo, cuándo y dónde mortificarnos fuera del alcance de los mayores y salir siempre airoso y libre de carga. El más astuto, inteligente y ruin de la clase, se ganaba las miradas de los docentes, las loas de los directivos y nuestro odio mancomunado, el del proletariado estudiantil.

No supimos -y no supe- más de él hasta hace unos días y después de casi veinte años...

Me encontraba en el pub, al que suelo ir casi todos los viernes, a cierta hora en que necesito ahogar la nostalgia en el jazz y en el blues.

Había hecho hasta lo imposible por arreglarme, ya que mis estados de ánimo en las últimas semanas habían decaído por la ruptura de mi pareja. Alisé mi larga cabellera rubia durante más de una hora. Delineé mis ojos imprimiéndoles así otra mirada: luego mis labios se tornaron más rojos que los zapatos de taco alto y la campera de cuero que acompañaba unos jeans azules bien ajustados tanto como la blusa de color claro traslúcido cuyo escote dejaba entrever insinuante la puntilla de encaje del corpiño, también rojo. Sentada en la mesa de casi siempre, saludando a amigos que se detenían para cruzar unas palabras, no lograba dejar de mirar a un hombre que hacía rato llamaba poderosamente mi atención. Volvieron por momentos los recuerdos de la niñez y adolescencia. Era muy parecido ¿sería él? ¿Me reconocería? Mmm... no lo creo, pasó mucho tiempo y esta-mos cambiados, aunque yo sí pude recordarlo...

Estaba solo, tenía la mirada taciturna, incrustada en el vaso de whisky, no había matices de oro que esperara a nadie. Sólo pudo abstraerme de ese momento la melodía, una banda tributo a Tom Waits tocaba "Please call me baby", mi tema, mi maldito tema para otro viernes de melancolía.

Faltaban unos pocos acordes para el final de la canción cuando sentí acercarse, muy suave, a alguien por mi costado. No lo podía creer, era él, traía dos copas para invitarme y sentarse junto a mí. Asentí la invitación y le otorgué el permiso para acompañarme. No cabían más dudas era él, mismo nombre, mismos rasgos... Dijo y lo repetió varias veces en la noche que yo le era familiar, que mi rostro, mis gestos le recordaban a alguien, pero no me di a conocer. Hablamos, bailamos, tomamos demasiado y terminamos en mi departamento. Estaba ebriado, pero no tanto como para manejar. Subimos, más tragos, música, bailamos...

Las primeras horas de la madrugada nos encontramos envueltos entre las sábanas, yo descansaba de espaldas a él, hacía rato que estaba despierta pero tenía mirador. Sentí que se movía como intentando despertarse hasta que lo logró. Continuaba yo en mi ficción de sueño cuando él corrió parte de la sábana que me cubría la espalda.

Entró en confusión, en delirios y se decía: "no, no, no puede ser! es él, ella?!, no". Vio mi extensa cicatriz, esa que me atravesaba toda desde hacía casi veinte años. Buscó a duras penas sus ropas esparcidas por toda la casa y salió huyendo.

Sé que me reconocí en aquella, pero yo descubrí muchas más en él, de esas que marcan sin dejar rastros. Ni él pudo colocarse en mi piel ni yo en la de él.

2do.Premio

Seudónimo: Ramunzen

ácido
muriático

Jorge Alberto Silva

"Hacia un lado estaba la estatua...
La flecha del arco señalaba la alcoba"

Era un manojo de abundantes llaves, desconocidas, de modo que abrir el portón de rejas para ingresar el automóvil al jardín de entrada, requirió de muchos intentos fallidos. Abrir la importante puerta de acceso del caserón, tardó mucho más.

Después de leído el testamento de mi tío, el notario me entregó el llavero y me dio posesión de los bienes del fallecido. Acordamos una fecha para firmar las escrituras y pagar los honorarios correspondientes.

-Este viejo podría haber dejado algo de dinero en sus cuentas para afrontar todos estos gastos- me dije. Era raro que, un hombre afortunado, soltero, sin aparentes complicaciones, con buenos ingresos, no tuviera saldos bancarios interesantes.

-¿Tal vez haya dinero en la casa?- dijo mi esposa Marta. También acotó que no quería más objetos que limpiar cada día, en clara alusión de las piezas antiguas y de arte que él coleccionaba. Familiares al fin, compartíamos el mismo hobbies. Mi casa parece un museo, pero lo disfruto.

La puerta, finalmente, se entregó a la llave correspondiente. La casa era de estilo neoclásico en bastante buen estado. Sin embargo no sería fácil venderla, ya por las dimensiones, por la zona altamente cotizada, y, porque intimamente no sabía si termináramos yéndonos a vivir y vender la nuestra, más a tiro de los compradores.

Me había llamado la atención que él manifestara que no me desprendiera de una estatua de Diana Cazadora, que había visto un montón de veces en oportunidad de mis visitas familiares, de su cama de bronce y de, también, amado perro.

Suerte que fui solo, porque Marta, quien se había quedado cuidando a uno de nuestros hijos que tenía gripe, se habría desmayado.

La doméstica que trabajaba allí, cuando se internó mi tío, no había efectuado limpieza u orden alguno. Polvo por doquier sobre los muebles, telarañas en a los cuajados, como en las tiendas de antigüedades.

El gigantesco hogar de mármol travertinos que presidía el amplio estar, conservaba las cenizas del último fuego. Había copas con restos caramelizados de bebida sobre una mesa bar, y colillas en los ceniceros.

En verdad había objetos de todos los pelajes y valores. Varias vitrinas contenían colecciones de marfiles, suvenires de eventos, piedras talladas, cristales y un sinfín de piezas más.

Hacia un lado estaba la estatua, realmente de hermosa factura. Mármol blanco en perfecto estado. Naturalmente, como coleccionista, busqué en el pie a firma del autor. Y allí estaba. Valiosa sin duda, y pesada, apoyada en una bancada cilíndrica de hierro, que seguramente era original. La flecha del arco señalaba la alcoba, y hacia allí me dirigí.

Tampoco estaba muy aseada, pero la cama estaba armada. Grande, de bronce un tanto opaco, estaba cubierta por un cubrecama de cabellina veneciana, y apoyada sobre una alfombra probablemente francesa. Tanto la cabecera como la piesera eran todos barrotes estríados, como una reja de penal, y que remataban en flores de lis, también de bronce.

El resto del mobiliario era netamente francés, Luis XV sumamente elaborado y recargado. Seguramente así

debió ser la alcoba de Napoleón. Revisé cuanto pude y sólo encontré algún escaso dinero en una de las gavetas del tocador y una cadena de oro que le había visto en alguna oportunidad. Mi tío era un hombre vanidoso y usaba alternadamente, valiosas cadenas con colgantes de joyería y anillos con piedras preciosas. ¿Dónde estarían? Las alhajas que fueran de mis abuelos, tampoco aparecían. Levanté cada gobelino y cada cuadro buscando una caja fuerte, pues una de las llaves era extrana. Pero no hallé nada en ese cuarto.

El ladrillo del perro que estaba en el jardín trasero, desvió mi atención. Otra historia para abrir la puerta que daba al fondo. Salí, me saludó moviendo la cola, ya que me conocía; y busqué con la vista dónde estaría el alimento. No tardé mucho en descubrirlo dentro de un aguamanil de cerámica de Talavera, en vez de agua, guardaba al alimento.

Viendo el cuidado jardín pensé que me quedaría con la casa, debería por lo tanto convencer a Marta. Identifiqué cada llave que usé, cerré y me fui. Volvería con Marta, viendo si la convención. Esto costó bastante pero accedí siempre y cuando me des-prendiera de muchas de las cosas que había, y que me encargara de la limpieza de la cama de bronce.

Consulté con mi amigo Domingo que es restaurador. -Ácido muriático- me dijo, y agregé- desármala, limpia las partes con ácido, usa guantes, enjuague con agua, lustrar con paño y rociar con laca para que dure el brillo. Anotar como va cada cosa y listo. Después de laquear vuelvela a armar.

Cuando reuní todas las cosas fui con mi hijo a efectuar el trabajo. Entretanto había mandado a remate de arte a muchas de las cosas que había, con lo cual el espacio estaba renovado.

Desarmamos todos, y sólo faltaba sacar los remates de los tubos. Mi hijo ponía cada tornillo en el recipiente, y sacaba el remate.

-Hay algo adentro papá. Me acerqué y miré en el interior del tubo. Había algo enrollado.

Metí el dedo en el hueco central y saqué un rollito. Eran billetes de moneda extranjera. ¡Y abajo había otro! Horas después habíamos sacado más de doscientos paquetes. Comprendí por qué lo de la cama y entonces pensé en Diana Cazadora. Fui al living y observé la estatua, pero reparé en el pedestal que parecía un cilindro cortado por la generatriz. En una de las ranuras laterales aparecía un beso en la base que aguantaba el peso de la estatua: una piñagra. Con un destornillador separé la ranura opuesta que se movió fácilmente. Eran dos puertas.

En el interior de una oquedad del cuerpo de sostén, brillaban las alhajas.

Había revisado todo y me faltaba encontrar la caja fuerte. Fui al baño a lavarme la cara pues estaba acalorado de la emoción.

Me miré al espejo del botiquín, e instintivamente abrí la puerta espejada. En el fondo estaba el agujero de la llave.

Volví con mi llave y abrí. Había un sobre que decía que era para mí. Nervioso lo rompí y encontré una nota manuscrita que decía:

"El secreto está en la cama y en Diana". La cama de bronce la vendí por kilogramos. No usé el ácido muriático. Diana sigue conmigo.

...apretando con mis dientes tu recuerdo,
me quedo como vos, sin palabras, detrás del
borroso cristal de una lágrima.

Mención

Seudónimo: Luna

Secretos de luna y sombras

Luísa Ferreyra

En aquellos ojos de mirada serena y transparente se perdieron mis sueños en un viaje sin regreso. De repente, se poblaron de silencios.

Fue como si un ave desconocida circundara el espacio interrumpiendo con su vuelo sereno una plácida tarde de enero.

Tal vez ya era tarde. Demasiado tarde. Ya habían pasado las lunas navideñas, esas que llenan los ojos de miel de tanto mirarlas. Esas que traen regalos bajando en un trineo que se cuelga de una estrella.

Navidades de magia y sueños y el desvelo tan solo de esperar para ver al día siguiente si se cumplían los deseos, los que misteriosamente aparecían depositados en un zapato. Ahora la luna de enero reflejaba su paisaje de melancolía que subía hasta el alma y se quebraba.

¿Qué pasa? ¿En qué piensas? Solo atiné a decir. No tuve respuesta. Tampoco las esperé. ¿Presentimiento? ¿Intuición? ¿Cómo se define eso que sentimos de repente, que nos sacude a una ráfaga de viento y nos deja desnudo, helados, desconciertos.

Algo pasó aquella tarde, aquel instante irrepetible que tuve el último permiso para mirarte, acercarme a lo más profundo de un espacio desconocido que tal vez comenzabas a habitar y sólo a vos te pertenecía. Inútilmente intenté descifrar en que pensabas. Algo paralizó tu mirada. ¿Acaso un ángel te llamó? ¿Te distrajo y olvidaste las palabras? Porque sólo a ellos podría perdonarles semejante ausencia.

Como una hoja de otoño que se desliza del precipicio, te dejaste caer lentamente como el peso del triste crujir de una pena.

Y un eco insistente que parecía volver de las penumbras repelía: - ¿Qué pasa? ¿En qué piensas? Pero nos ganó el vacío.

Vos comenzaste a habitar aquel mundo sin latidos, sin memorias, sin regresos. Yo comencé a olvidar mis sueños y mis lunas navideñas sólo recuerdo tu silencio que se transformó para mí en un desvelo diferente.

Algo no decía que era tarde. Vos lo sabías pero me miraste y callaste, tan sólo dejaste deslizar una lágrima que cristalizó el misterioso secreto.

Cuando era niña solías tomarme de la mano y corríamos hasta desmayarnos de la risa. Era el sol de tantas primaveras que iluminaba entonces tus ojos y me rescataba de todos los fantasmas y todos los temores.

Pero ahora estaban ahí presentes, tomándose por sorpresa, luciendo chaquetas verdes, y susurros de secretos oscuros.

Andaban con pasos apresurados, corriendo vanamente entre camillas y sábanas blancas, preparando el escenario para el evento impostergable que se acercaba.

Es tan alta la sombra, llámese del "destino", que atraviesa las barreras de la vida sin permiso, sin piedad, estallante y sentenciosa para aplacar su luz en un instante.

Una voz sin nombre, sin rostro se hizo presente detrás de unos ojos agobiados. Se tal vez por el peso del dolor del mensaje que cargaban.

Intenté colarme en el ruido de la gente que pasaba como si nada. Quise escaparme para no escucharla, helados, ensordecedor me nubló la mirada. Me dejé caer. Mientras me invadía un sentimiento de dolor y de impotencia.

Escuché como un susurro de cuchillos desgarradores la afirmación más negada: -"Ha fallecido".

A veces de tanto buscarme siento que rondo las orillas de otros mundos indefinidos. Comienzo a caer como una hoja al precipicio. Siento tus últimos besos helando mi respiración y mi sangre.

Una estrella blanca me ilumina y una canción de luna acaricia mi alma. ¿Acaso eres tú? ¿Acaso se han corrido las barreras del destino y vienes como un ángel a cumplir mis últimos deseos? Pero entonces alguien me interrumpe. Me miro y me pregunta:

- ¿Qué pasa mamá? ¿En qué piensas? Y yo, apretando con mis dientes tu recuerdo, me quedo como vos, sin palabras, detrás del borroso cristal de una lágrima.

Mención

Seudónimo: La tía Chichita

Recién, temblando, corrí una cortina y miré el jardín iluminado por la farola de la calle y los vi... dos chicos lánguidos de pies descalzos deambulando entre las plantas, con largos camisones blancos, llorando, llorando.

Con largos camisones blancos,
llorando, llorando

Idilia Vouilloz

La vi y me enamoré de ella. Casona antigua de dos pisos, con enormes ventanales que dan al jardín y entrada palaciega de mármol de Carrara.

Un inmenso cartel anunciaba: Está en venta. Cuando entusiasmada aseguré que la compraría, trataron de hacerme desistir, afirmando que estaba emborujada. Que incluso algunos vecinos se mudaron porque por las noches se oían llantos de niños. Alguien, hasta aseguró haberlos visto vagar entre las plantas en noches de luna llena, con largos camisones blancos, como pequeños fantasmas, con llantos lastimosos y constantes.

Dije: - No tiene sustento científico. Son supersticiosos que se propagan de boca en boca. Mucha gente necesita creer en fenómenos paranormales. Apareció mi tía Matilde, horrorizada y protectora.

- ¿No sabés que esa casa guarda un secreto y es un secreto tenebroso? Y con voz temblorosa me contó que una familia que la habitó hace muchos años, fue motivo de curiosidad porque eran raros, hueraños, no vestían de manera sino un saludo con los vecinos y vestían de gris de la cabeza a los pies.

Habían llegado en silencio. Y en silencio, desaparecieron sin despedirse de los proveedores que le llevaban todo a domicilio ni del personal de servicio, ausente en ese momento por ser un día feriado.

En el barrio aseguraban que anteriormente a esa famosa noche de luna llena habían escuchado gritos varias veces.

- ¡Debemos mantener el íntimo secreto de nuestra familia! ¿Que sea inviolable por siempre, hasta la eternidad!

Después de escucharla, le tomé con ternura las manos, procurando calmar su intranquilidad. Argumenté que no existían la luz mala, los hechizos, el hombre lobo, el curipen y seres maléficos o mágicos.

Seguí enumerando hasta que se marchó, aunque no se mostraba convencida.

¡Y compré la casa! Elegí arquitecto y el contraté albañiles, pintores, ebanista y todo operario necesario para reparar

la estructura edilicia que presentaba varios deterioros. Al llegar al final de la obra, suspiré conmovida. Allí en esa belleza vivría feliz, gozando de mi bienestar.

Una empresa trajo mis muebles, enseres, adornos, pero no me bastaron. Quería engalanar - mi palacete - así lo llamé. Adquirí elefantes de jade, alfombras, un juego de sillones y mesa de madera oscura, cortinas bordadas, dos máscaras africanas y una lámpara de bronce y porcelana.

La primera noche, desafiada por agotada, dormí profundamente. Al despertar como apetido, desmes-timé el desayuno. Preferí recorrer las habitaciones, admirando cada detalle de mi nuevo hogar.

En mi segunda noche, me despertaron sollozos de niños. Encendí la luz. Miré hacia el jardín después de ir de un lado a otro, subiendo y bajando la escalera. Los gemidos angustiosos me erizaron la piel. No hallé a nadie.

Durante el día continué escuchando los ruidos de la calle, el sonido del timbre o del teléfono, las voces y músicas de mis televisores y radio, pero de noche los llantos desgarradores de niños.

No duermo. Me duelen los ojos. Tengo marcadas ojeras y no me animo a compartir esta realidad ni siquiera con un parascólogo.

Recién, temblando, corrí una cortina y miré el jardín iluminado por la farola de la calle y los vi, dos chicos lánguidos de pies descalzos deambulando entre las plantas, con largos camisones blancos, llorando, llorando.

¿Representan ellos el secreto tenebroso de esta casona? Siempre creí que los fantasmas sólo eran habitantes de libros, películas o de la imaginación humana.

Me siento frustrada. Había engalanado con amor mi palacete y - ya no lo dudo - mañana, lamentable-mente lo pondré en venta. Hasta que se concrete, dormiré en un hotel, con desilusión e impotencia porque a pesar de mi incredulidad, el secreto de los largos camisones blancos, EXISTE. Ya no lo puedo dudar y tampoco lo puedo descifrar.